

## **Capítulo dos: Los condenados**

*«Y serán siete los caminos contruídos para escapar, solo uno podrá ser elegido, el resto nunca habrán existido».*

Tomo 6, página 142 de las Profecías livifel

Frontera de Heklo. Mundos profanos. Planeta Arnemuq. Ciclo 328 del segundo vuelo

Las seis bronceas campanas tubulares de la gran ciudad de Cehalium tañían con especial fuerza. La repetitiva melodía anunciaba el comienzo del esperado día de La Llave de Hielo. Como con cada primer sol del invierno, sus habitantes se engalanaban con los más ostentosos y llamativos trajes para celebrar el macabro evento. Este año, los presos que iban a ser expuestos en la Terraza eran bastante más desconocidos que en anteriores ocasiones. Sin embargo, ese vacío lo equilibraba la reputación que arrastraban gracias a los atroces actos por los que habían sido acusados y condenados.

La ciudad de Cehalium, también conocida como Fortaleza-Mazmorra, era famosa por tener bajo el subsuelo las mayores y más inexpugnables mazmorras de todo Arnemuq. Dividida en tres niveles con estructura en forma de pirámide invertida, encerraba entre sus sólidos muros y oscuros corredores delincuentes a los que se había decidido no ajusticiar con una muerte rápida. Ciertamente existían diferencias significativas entre los presos en función del nivel en el que se encontraran encerrados.

El más amplio y cercano a la superficie, conocido como Redención, retenía tras sus rejas a todos aquellos que habían cometido delitos de cierta gravedad, pero que se consideraba que aún podían ser recuperados para la sociedad arnemuquense. Al menos, esta era la versión oficial. Era un secreto a voces que este nivel realmente se trataba de un gran negocio, la mayor fuente de ingresos para la ciudad de Cehalium. Desde todas partes de Arnemuq se enviaban presos a Redención que posteriormente eran utilizados para todo tipo de medidas de presión que, en el fondo, no buscaban más que una contraprestación económica. A través de amenazas a los recién encerrados intimidándoles con dejarles allí de por vida, forzaban que el reo cediera a las exigencias del captor. También se empleaban los chantajes a sus aliados y extorsiones a familiares. Incluso se rumoreaba que muchos individuos amenazados de muerte, pagaban cuantiosas fortunas para ser encerrados voluntariamente y disfrutar de la inigualable seguridad que ofrecía esta colosal mazmorra. Redención no era un lugar especialmente duro para los reos ubicados en este nivel. Dependiendo de la zona, incluso gozaban de ciertas comodidades, como una bulliciosa y turbia taberna o un salón de juegos que incluía algunas modalidades prohibidas más allá de los muros de Cehalium. También contaban con un espectacular acceso a un lago subterráneo sin salida y algunas celdas que envidiarían muchas posadas situadas en los más importantes cruces de caminos.

El segundo nivel, menor en tamaño, número de celdas y comodidades, era conocido como el Jinete. El nombre hacía referencia a una antigua leyenda basada en la existencia de un misterioso jinete que visita a aquellos que de manera inminente fallecerán por causas ajenas a la muerte natural. El jinete mantiene una breve conversación con el moribundo en cuestión y sentencia si debes acompañarle en su tenebroso caballo de alas de murciélago para apoderarse de tu alma o si mereces seguir aún con vida. La metáfora estaba bastante bien conseguida, dado que los presos encerrados en este nivel eran juzgados para determinar si debían ser liberados o ajusticiados con la muerte tras pasar entre rejas el tiempo dictaminado por los jueces de Cehalium. Sus inquilinos eran individuos peligrosos que, bien por un episodio de enajenación o bien por un acto deliberado, habían ejecutado alguna acción que incluía el derrame de sangre inocente. Este último matiz era clave, ya que si se consideraba que la víctima no era un inocente, e incluso fuera un peligro para la sociedad, el apresado no era condenado, simplemente pasaba un tiempo testimonial en Redención y poco después era

liberado de buena gana. Estos individuos no pisaban en ningún momento El Jinete; aquellos que lo hacían eran merecedores del castigo, fuera más o menos severo.

Finalmente, y con solo diez lúgubres celdas, se encontraba el último, y con mucha diferencia, más peligroso de los tres niveles. Se le conocía como Khelek, en alusión al territorio más al norte de Arnemuq. Completamente helado, sin vida conocida y donde todos aquellos que habían intentado adentrarse en él jamás se les había vuelto a ver con vida. El símil rivalizaba en ingenio con el de El Jinete.

Estas celdas solo albergaban presos considerados como una auténtica amenaza para la sociedad, bien por los salvajes actos que hubieran cometido o por el potencial peligro que representaban para la seguridad del resto. Si bien en todo Arnemuq se tenía claro que quizás Redención era una pantomima de mazmorra y que en El Jinete se mezclaban reos de muy diferentes grados de peligrosidad, era cristalino que si un preso era encerrado en Khelek, no era ni debido a una maquiavélica trama política, ni un asunto de venganza personal. Eran individuos extremadamente peligrosos allá donde fueran y merecían ser encerrados en lo más profundo de Cehalium.

El día de La Llave de Hielo se celebraba una antigua tradición de la que se desconocía el origen, aunque había múltiples teorías a cual más disparatada. Quizás la más extendida y reconocida contaba que, en tiempos de hambruna, con la llegada del invierno, cuando el pueblo apenas tenía qué comer, se abrían las heladas celdas de Khelek para acabar con las vidas de estos presos y tener menos bocas que alimentar. Esta teoría apuntaba que incluso se llegaba a practicar el canibalismo con los cuerpos de los condenados. De lo que sí se tiene constancia que sucedía cada año era cómo se sacaba a todos los presos de Khelek a la superficie y se ofrecía a cualquier persona la posibilidad de comprar su libertad a cambio de una sola moneda kurkiana, del metal más extraño y valioso que existía en Arnemuq. Los más ancianos cuentan que solo debe haber en torno a una docena de estas valiosas monedas repartidas por todo el planeta. Realmente, este ofrecimiento era considerado un absurdo formalismo; todos conocían el desenlace final, ya que nadie en su sano juicio cambiaría un tesoro tan preciado y único por la libertad de un peligro con mayúsculas. Solamente existían referencias de un caso en el que un excéntrico noble pagó la liberación de un mercenario sin escrúpulos, quien a los pocos días se lo agradeció quemándole su ostentoso palacio, asesinando a toda su familia y dejándole malherido y tullido, sin extremidades, abandonado en un infecto pantano. Una siniestra historia que sirvió de lección a todos los adinerados aristócratas que jamás volvieron a intercambiar una moneda kurkiana por uno de estos peligrosos reos.

Cada día de la Llave de Hielo, y siempre que no se produjera ninguna liberación mediante el infrecuente pago, uno de los presos sería ajusticiado arrojándole desde una torre de treinta metros de altura. Su destino sería un acantilado de afilados riscos junto al siempre embravecido mar de Sanbian. El elegido era seleccionado a mano alzada por el pueblo que se congregara en la gran plaza. En caso de empate o duda sobre la legitimidad de la votación, siempre sería ejecutado el que más tiempo llevara encerrado en Khelek. Pese a todas estas normas, los reos sabían no habría juicio ni esperanza para ninguno de los encerrados en este tenebroso nivel.

Uno de ellos era el campesino Támilos; sabía que no era el único que había entrado en Khelek ese mismo año. Hacía cuatro noches pudo escuchar una conversación entre dos carceleros que, emocionados, comentaban que era la primera vez desde que se tenía constancia en la

que todos los presos eran recién llegados. En el día de la Llave de Hielo del año anterior, aparte del elegido para ser ajusticiado vía acantilado, otros dos presos se asesinaron mutuamente durante el camino de regreso a las celdas, otros cuatro murieron semanas después presa de la misma enfermedad, el octavo fue envenenado sin aún haberse descubierto al culpable y los dos últimos se suicidaron ante la parsimonia de los vigilantes.

Con solamente cinco recién llegados en el último año, dato que también se nombró en aquella conversación entre carceleros, no sabía si él habría sido el primero en llegar. Támilos sabía que el más veterano, aunque lo fuera por un mísero día de diferencia, tendría más probabilidades de morir aquel año según dictaba la tradición. En el fondo, poco importaba aguantar más o menos años encerrado en aquella prisión; suponía alargar una agonizante vida sin esperanza. Esta era la depresiva reflexión de Támilos, quien no dejaba de pensar en lo injusta que era la vida con él. Se tenía a sí mismo como la primera persona de buen corazón que había sido encerrada en Khelek. Como era lógico, nadie le consideraba inocente después de haber sido encontrado en una sangrienta carnicería en la que yacían salvajemente masacrados cuatro hombres, una mujer, un muchacho adolescente, dos caballos, uno de ellos brutalmente decapitado, y lo más impactante: un recién nacido. El aspecto de Támilos, que no debía alcanzar la treintena, no le delataba ni mucho menos como alguien perverso. Era un fornido y grueso campesino de cabello castaño cortado a tazón, con la cara redondeada, piel blanquecina y mejillas sonrosadas. Con esta apariencia de pueblerino bonachón, nadie diría otra cosa de él más que jamás habría matado una mosca. Sus pequeños ojos marrones hundidos bajo sus prominentes cejas se humedecían tristes al recordar el día que le apresaron. Entre sollozos, no llegó a negar su delito, y desesperado clamó al cielo suplicando una explicación ante tal sanguinario desenlace. Si no fue ajusticiado en el acto, fue debido al temor de los guardias que le encontraron. Un escalofrío recorrió sus cuerpos al pensar que podrían correr la misma suerte que los desmembrados cadáveres que yacían esparcidos entre el carromato donde viajaron y el camino donde se produjo el arresto. Támilos se había entregado voluntariamente cuando fue encontrado y rogó porque le encerraran en Cehalium. Los guardias le encontraron arrodillado junto a su arma, una inmensa hacha de talar, mientras rezaba con las manos bañadas en sangre y heridas en carne viva a lo largo de todos y cada uno de sus nudillos.

Habían pasado varios meses desde entonces, Támilos había perdido la cuenta al no poder ver la luz del sol encerrado en su celda. Desconsolado, miraba sus puños marcados de por vida con profundas cicatrices que se habían convertido en la carga más pesada que jamás había arrastrado. Lo más terrible de todo era la cruel e innegable verdad, nada podría cambiarlo. Sin lugar a dudas, era el culpable de tan atroz acto, pero no podía revelar el motivo o le quemarían vivo al instante. Su secreto se iría con él a la tumba. En estos meses de encierro, había reflexionado y decidido que mejor que la agonía del fuego era una muerte rápida contra las rocas. Quizás hoy fuera el día en que terminara su vida marcada por una maldición, una vida que no pudo elegir y con la que sabía que estaba abocado, tarde o temprano, a un trágico final.

El sonido de unas llaves entrechocando entre sí, y posteriormente del cerrojo abriéndose con brusquedad, sacó a Támilos de sus oscuros recuerdos. La puerta se abrió rechinando estridentemente, como si las sólidas bisagras se quejaran con amargos gritos al ser despertadas de un profundo letargo. Abruptamente, accedieron a la reducida sala rodeando al campesino dos temerosos guardias ataviados con apagadas armaduras portando toscas lanzas. En el marco de la puerta, esperaba un tercero protegido con ropa de cuero más liviana

que apuntaba tembloroso hacia Támilos con una desfasada ballesta. El desconsolado preso no sentía miedo ni ira; estaba tranquilo, aunque triste y resignado. Se levantó con cierta dificultad mientras sus rodillas crujían por la falta de actividad y abandonó la celda escoltado por el trío de guardias, que con absoluto tiento y pavor le guiaron a través de sinuosos pasillos de fría piedra y extrema humedad. Tras un interminable e incómodo silencio, solo roto por el sonido de las armaduras y las irregulares goteras, el tenso grupo accedió a una gran estancia circular iluminada débilmente por el tintineante fuego de las velas de viejos y dispersos candelabros de forja. Había zonas que quedaban completamente oscuras, por lo que era imposible tener una idea precisa de las dimensiones de la sala. En el centro de la misma se alzaba como una inmensa columna de piedra una larguísima escalera de caracol que ascendía directamente hasta la superficie. A sus pies le esperaba con actitud desafiante un carcelero famélico con la cara picada y bastante mayor en edad que los guardias. Juguetecía entrechocando violentamente unos grilletos para manos y pies que ansiaba poner al preso. Con la habilidad propia de alguien que lleva realizando esta tarea desde hacía varios lustros, encadenó y aseguró los cierres con suma celeridad y una contundencia férrea. Acto seguido, miró directamente a los ojos de Támilos y con un tono cargado de odio le susurró:

—No albergues esperanza ninguna, asesino, si no es hoy, ten por seguro que tarde o temprano será entre estos muros donde llegará tu final. —Hizo una pausa para observarle de pies a cabeza y continuó, elevando ligeramente el volumen de su amenazante voz—: Ha pasado gente cruel y desalmada por aquí, pero ninguno tan cobarde como para acabar con la vida de un neonato.

El carcelero súbitamente escupió con fuerza a la cara de Támilos, quien bajó la cabeza y dolido, más por las palabras que por la humillación, apostilló de manera casi imperceptible:

—Cambiaría mi vida por la de todas mis víctimas si fuera posible.

Empujado tímidamente con las lanzas, Támilos inició la ascensión por la empinada escalera de caracol. Mientras subía lentamente, debido a la dificultad que suponía tener los pies encadenados, aún pudo escuchar las palabras de quien parecía ser otro preso de Khelek que provenían de la sala que acababa de abandonar. Se trataba de una compañera de destino que había estado observando la escena sin que Támilos se percatara de su presencia ni de la de otros tres guardias que le acompañaban. Sin lugar a dudas, se dirigía al mismo carcelero, con voz firme y un extraño acento:

—Si vas decir sandez o escupirme, hazlo antes de cadenas.

El campesino cada vez se encontraba más lejos, aunque pudo escuchar débilmente la respuesta del carcelero. Cambiando de registro, sereno, replicó:

—Tu caso es diferente, extranjera, incluso podría a llegar a entender tus motivos, aunque no los comparta. Si por mí fuera, no te tendría aquí encerrada. Tu presencia nos pone a todos en peligro...

Tras atravesar varias rejas cerradas con llave que hacían de la escalera de caracol una especie de serpiente anillada, Támilos quedó cegado por el sol que brillaba con fuerza; había llegado a la superficie. Hacía demasiado tiempo que sus ojos no contemplaban la luz natural y a duras penas conseguía mantenerlos abiertos, mientras oía como una encendida multitud gritaba ensordecedoramente con una amplia diversidad de insultos y amenazas. Sus rodillas cedieron y torpemente cayó al suelo trastabillándose con las cadenas, inmediatamente sintió como las

puntas de lanza empezaron a pincharle amenazadoramente mientras los guardias le ordenaban entre alaridos que se levantara. En la cabeza del campesino, producto de su imaginación y de vívidos y atormentados recuerdos, comenzó a resonar el llanto de un bebé; ese dolor era más intenso y agudo que la punta de cualquier lanza. Se sentía como una miserable rata de cloaca, y empezaba a pensar que merecía el funesto destino reclamado por los ciudadanos de Cehalium. Támilos volvió a ser consciente de la realidad cuando se percató de que no era el primer preso de Khelek en llegar a la superficie.

Al entornar los ojos, aún dolidos por la intensa luz, pudo discernir la silueta de un individuo también encadenado, más alto que el resto de los presentes, de estilizada figura y delgada constitución. El preso, de piel curtida por el sol, se giró hacia Támilos mirándole con unos intensos ojos negros y sonriendo con una irónica expresión le azuzó:

—¡Venga, cerdito sonrosado, levanta, que va a empezar la función y el público creo que te tiene especial cariño! —El estirado reo parecía sentirse aliviado de alguna forma y forzó una carcajada dejando entrever su negruzca dentadura para a continuación dirigirse al gentío—: ¡Aquí está vuestro favorito, nobles gentes de Cehalium! —gritó mientras señalaba al aún yaciente campesino.

El más veterano de los guardias golpeó por la espalda con un brusco empujón al preso de marinero aspecto y revuelto pelo azabache.

—¡Calla, bastardo!

Este, sorprendido por el impacto, cayó de rodillas y burlón suplicó:

—¡Por favor, no peguéis más al pobre Markus... ! No sea que cuando me arrojen por el acantilado, esté tan dolorido que no pueda hacer ¡mi mejor salto del ángel!

El guardia hostilmente replicó:

—Iluso, ¿acaso crees que tienes la más mínima posibilidad de salvarte lanzándote al vacío? Suponiendo que llegaras al agua, la profundidad es mínima. ¡Morirás igualmente!

En ese momento, entró en escena un nuevo preso desde la ofídica escalera. Sin duda se trataba de la mujer a quien Támilos había escuchado hacía unos instantes. Ni muy alta, ni muy bella ni esbelta, de ojos rasgados y piel amarillenta. Apuntilló sutilmente con su peculiar acento:

—Ese es deseo real de marinero, ser primero en morir. Librarse de castigo. No podrá soportar encierro. No caigáis en pueril trampa.

El aludido escupió al suelo mascullando entre dientes: «Te equivocas, ¡hija de mil sapos!, todo parece indicar que el pueblo clamará por la sangre del cerdito arrodillado. Ha sido recibido cual príncipe de los condenados».

De pronto, Markus se quedó fugazmente paralizado mirando los grilletes de la recién llegada y escupiendo una vez más, esta vez sobre ella, insultó:

—¡Púdrete, maldita kunoichi!

Kamanu, la mujer de tierras lejanas, vestía holgada ropa de hombre que no dejaba intuir su fibroso y atlético cuerpo. Era complicado determinar su edad, aunque no debía tener más del cuarto de siglo. Su corte de cabello, desaliñado y extremadamente corto, podía provocar



confusión en la distancia, haciéndola parecer un varón. Cuando Markus pronunció el término *kunoichi*, ella automáticamente se miró el antebrazo y maldijo su descuido por llevar al descubierto un misterioso tatuaje negro de extraños caracteres. Rápidamente, lo ocultó pegando su brazo al torso.

Támilos poco a poco recuperaba la visión, cada vez más nítida. Mientras intentaba ponerse en pie apoyándose contra un listón de madera, contemplaba la escena con cierto asombro. Había oído alguna historia sobre las *kunoichi*; se trataba de peligrosas mujeres miembro de los clandestinos clanes orientales. Estos grupos combatían a los señores feudales que lideraban con puño de hierro sus tierras, sometiendo a los vasallos como esclavos. Las *kunoichi* eran entrenadas con la misma dureza que sus compañeros masculinos, más conocidos como ninja. Se decía que una *kunoichi* podía ser más letal que todo un grupo de ninjas, debido a su potencial para añadir a todas las habilidades compartidas con los varones, su capacidad de seducción y persuasión. Aunque Támilos pensaba que esta *kunoichi*, particularmente, no parecía demasiado agraciada como para poder destacar en tales artes.

Los tres presos se encontraban en lo alto de una terraza semicircular que coronaba el edificio conocido como la Aleta de Tiburón. Realmente, la construcción no tenía ninguna similitud arquitectónica con dicho apéndice acuático. Se le otorgó ese nombre de manera más simbólica, dado que era la parte visible de un gran lugar oculto a la vista y extremadamente peligroso, la prisión mazmorra de Cehalium. La aleta constaba de dos plantas carentes de ventanas y no levantaba más de unos seis metros de altura, a excepción de su espigada torre anexa, recubierta casi en su totalidad por musgo y descuidadas hierbas trepadoras. Sus más de treinta metros se erguían orgullosos junto al mortal acantilado reclamando un nuevo sacrificio de sangre. Eran muchos los condenados que habían perdido la vida siendo arrojados desde ella, y hoy podría sumar un nuevo preso a su funesto historial.

Ajeno a los insultos y griterío de la turba que se concentraba frente a la terraza, Támilos oteaba la ciudad de Cehalium. El horizonte quedaba oculto tras las inmensas murallas almenadas por las que deambulaban guardias a todas horas. Protegidos tras los colosales muros y dispuestos irregularmente, se acumulaban sus característicos y diversos edificios rectangulares de piedra oscurecida por la humedad. Con una amplia base y escasa altura, hacían del perfil de la ciudad un lugar que transmitía con su apariencia solidez y sobriedad, necesarias para una ciudad encargada de mantener alejados de Arnemuq a los criminales más peligrosos.

Súbitamente, el griterío se hizo mayor cuando apareció un nuevo preso en la terraza. La ira se transformó en burla, crueles risas y jocosos comentarios que temporalmente sustituyeron la rabia y el odio. Un robusto hombre de mentón prominente y mirada furiosa gritaba a los guardias que le acompañaban:

—¡Soltadme, perros! ¡Puedo moverme solo!

De edad cercana al medio centenar, con cabello canoso, ondulado, grasiento, y con algún diente de menos, no eran aquellos los detalles físicos que provocaban la mofa. Era su condición de tullido, no tenía ninguna de las dos piernas. Al menos no en su totalidad, los muslos terminaban en sendos muñones por encima de las rodillas. Compensaban su ausencia, unos brazos robustos como patas de caballo, que mostraban una fortaleza inédita para un hombre de su edad. Demostrando su potencia, se revolvió empujando a los guardias, que salieron despedidos como trozos de cáscara de nuez recién partida. Le habían intentado

alzar en volandas por las axilas, pero Andolf se bastaba solo. De hecho, a los guardias les había costado seguir su ritmo subiendo las escaleras de caracol. Avanzaba con sus potentes brazos a una endiablada velocidad. Bajo la atenta vigilancia de los guardias presentes, se acercó hasta la barandilla de la terraza. No le supuso ningún esfuerzo auparse y sentar sus posaderas sobre la barandilla y mirar desafiante al cruel público que se burlaba de él. Los ballesteros no dejaban de apuntarle sabiendo que no llegaría muy lejos si intentaba alguna maniobra de escape. Los dos guardias que se reponían aún de los golpes y la humillación de haber sido derribados por un tullido se preguntaban por qué no le habrían puesto los grilletes cuando tuvieron la ocasión.

Markus, el espigado marinero de tez tostada, se dirigió al recién llegado por encima del bullicio:

—¿Ey, abuelo, hace cuánto que te han metido aquí?!

Andolf se giró y dedicándole un obsceno gesto exclamó:

—¿A ti qué te importa, saco de fango sureño?!

La mujer oriental irrumpió en mitad de tan animada discusión:

—Marinero quiere saber si puede ser primero en morir por antigüedad.

El desgarrado harv, delatado y claramente enfadado, le recriminó a la kunoichi:

—¿Pero me quieres dejar en paz, casimujer? —Markus añadió una curiosa amenaza—: Si hoy salimos con vida, reza por que no tengas que compartir una celda cercana a la mía. Desearás haber nacido sorda. —Y berreando con voz desgarrada culminó—: ¡Eres más horrible que un pez de fondo abisal vomitando! —El marinero estalló a carcajadas con su propia burla.

La kunoichi mirándole a los ojos sin pestañear sentenció desafiante:

—Ninguna mujer sorda tiene que temer a hombre que ha tragado su propia lengua.

Mientras los presos seguían enzarzados verbalmente, Andolf se había erguido estirando el cuello y con una profunda expresión de odio parecía buscar algo o alguien entre el gentío. Parecía querer identificar a quien hubiera proferido algún insulto especialmente hiriente. O tal vez intentaba encontrar a una persona concreta.

El pobre Támilos, rodeado de tales individuos con los que jamás imaginó llegaría a compartir destino, llegó a pensar que toda esta situación no era más que una cruel pesadilla. Se visualizó despertando en su comfortable cama de plumas, con un copioso desayuno que le estaría esperando al alba para comenzar una nueva jornada en el campo. El fornido campesino no era consciente de que había dejado atrás aquel apacible estilo de vida para siempre. Pese a la maldición que le acompañaba desde su nacimiento, nunca se había imaginado convertido en uno de los habitantes más odiados por los ciudadanos de Arnemuq. Estaba a la altura de los delincuentes que ahora le acompañaban en la terraza, de los que aún desconocía sus delitos, pero intuía serían aterradoros. Casi tanto como el suyo...

Al observar de nuevo a los tres presos, cayó en la cuenta de que faltaba uno más por aparecer. Y no se hizo esperar, ni defraudó las espeluznantes expectativas de Támilos. En primer lugar, apareció por las escaleras un nuevo guardia, arrastrándose lastimosamente con una pierna



rota en una posición imposible. Intentaba emitir gritos, pero había quedado enmudecido debido al insoportable dolor. Tras el fugaz *shock* que generó esta aparición en la terraza, dos de sus compañeros acudieron rápidamente para auxiliarle. Le tumbaron y mientras uno dispuso una vara de madera en la boca del herido para que la mordiera y le sujetaba con fuerza intentando inmovilizarle, el otro se apresuraba a desabrocharle la armadura rajando las correas con una afilada daga.

Instantes después, apareció un nuevo guardia caminando de espaldas, muy lentamente, apuntando con su ballesta hacia los escalones que accedían a la terraza. Se mostraba extremadamente nervioso mientras, inquisitivo, exclamaba:

—¡Dame un solo motivo para no apretar el gatillo! ¡Vamos, maldito loco! ¿Por qué no debería atravesarte la frente?

Ante la expectación de todos los presentes, Yllo accedió a la terraza rodando como un fardo tras haber sido golpeado y zancadilleado con una lanza. Se trataba de un musculado y corpulento individuo de larga melena oscura y una inquietante ausencia de expresividad en su rostro. Teñía su descuidada barba con la sangre que fluía desde la boca y nariz debido a los golpes que acababa de recibir. Pese a estar encadenado de manos y pies, se rehízo poniéndose en pie demostrando una resistencia espartana. Tras él, dos guardias le seguían a una prudencial distancia apuntando nerviosos con sus lanzas la espalda del preso. Con absoluta ausencia de temor, Yllo se plantó delante de la saeta de la ballesta y, mirando a los ojos de su portador, atrapó la punta con los dientes mientras pronunciaba con lógica dificultad al no separar los dientes:

—Os lo había avisado, nadie que osa tocarme el cuello sale indemne.

El balletero alejó su arma de la boca del osado Yllo y como aquel que desvela un truco de ilusionismo le replicó:

—No voy a liberarte del castigo, asesino. Un disparo sería mucha bondad para alguien como tú. El destino que te espera serán las rocas o las celdas de Khelek.

El último individuo que aparecería desde la escalera de caracol que descendía hasta las profundidades de la mazmorra parecía ser un importante mando en la guardia de Cehalium. Era fácil de intuir debido a la vestimenta ostentosa y recargada de símbolos militares, por su actitud propia de un líder y sobre todo por el recibimiento que le dispensó el pueblo de Cehalium entre vítores y las reverencias del resto de soldados. Kirostan, con solo una treintena de edad, era más que respetado por sus hombres, y sus palabras eran ley en Cehalium:

—Tranquilos, muchachos, no os dejéis mesmerizar por estos ya muertos vivientes, no hay nada que ganar si malgastáis el tiempo hablando con ellos... —y apostilló mirando al guardia que entre alaridos veía como sus compañeros le recolocaban la pierna fracturada—, pero sí mucho que perder. —Acto seguido, extrajo una pequeña correa de cuero de un bolsillo y, con gran destreza, se ató una coleta en su lustrosa media melena castaña—. Acabemos rápido con esto, cada año me gusta menos —comentó a sus hombres más cercanos.

Se subió de un felino salto a la barandilla junto a Andolf, el preso tullido aún apuntado con tres ballestas, e irrumpió con su potente voz al gentío que le adoraba:

—¡Atención, ciudadanos de Cehalium!

Poco a poco, se fueron apagando las voces de la multitud congregada en la plaza hasta que se hizo el silencio. Kirostan comenzó su discurso; se notaba su aburrimiento y mecanicismo al pregonarlo, no en vano eran las mismas palabras año tras año:

—Bienvenidos una vez más al día de La Llave de Hielo...

En ese momento, todos los asistentes que se encontraban frente a la terraza comenzaron a chillar presa de la emoción y a dar palmas dejando escapar algún grito cargado de rabia:

—¡Muerte a los asesinos!

El capitán sobreactuó gesticulando con las manos solicitando de nuevo silencio y continuó un tanto hastiado de manera monótona el formulismo anual. Kirostan creía en el ajusticiamiento de los presos de Khelek, pero no estaba tan de acuerdo con la fiesta que se generaba en torno a la ejecución. Sin embargo, debía respetar la tradición.

—Con la llegada del primer día del invierno, y siguiendo nuestra ancestral tradición, debemos consultar si alguno de los presentes desea liberar a estos presos de Khelek. En caso contrario, el delincuente que sea designado por el honorable pueblo o, en su defecto, quien más tiempo lleve entre los muros de Cehalium, será ajusticiado desde lo más alto de la gran torre.

De nuevo, los aplausos y gritos de la enfervorecida muchedumbre interrumpieron al capitán, que resoplaba hastiado. Aprovechando el paréntesis, Markus, el marinero, preguntó presa de la ansiedad:

—Capitán, venga, ¡díganos quién es el veterano del grupo! —El aludido intentaba de nuevo calmar a la multitud para seguir con el discurso, y sin girarse en ningún momento hacia los condenados, afirmó—: El asesino del neonato.

Tras escuchar la respuesta, Támilos comprendió que su hora había llegado. Seguramente, fuera el más votado por el pueblo para ser ejecutado, pero si cupiera cualquier atisbo de duda en forma de empate, él sería el condenado. No pudo evitar que algunas lágrimas recorrieran su rostro mientras recordaba etapas de su infancia donde había sido un chico feliz rodeado de buena gente. Támilos había gozado de una etapa infantil sencilla y feliz pese a su maldición, que no llegó a ser realmente peligrosa hasta su adolescencia.

Markus, eufórico, le maldijo divertido con el tono de voz de un socarrón brujo lanzando un maligno hechizo:

—¡Yo te transformo en un puerco alado para planear sobre las rocas!

Kirostan suspiró indignado mirando de soslayo al petrificado campesino. El capitán finalmente pudo continuar ante el silencio de su público:

—¡Y ahora, por favor, siguiendo con el protocolo, si alguien desea liberar a cualquiera de los presos, que ices la bandera correspondiente!

En medio de la plaza, donde se congregaba la multitud y protegido por dos guardias, se alzaba sobre una tarima un sencillo mecanismo de poleas, cuerdas y astas desde donde se podían izar hasta diez banderolas. Tan solo habían sido puestas en marcha una sola vez en toda la historia conocida de Cehalium por aquel excéntrico ricachón, con nefastas consecuencias. Los más jóvenes ni siquiera conocían bien en qué consistían exactamente las normas. El primer paso era la asignación de los diez colores de las banderolas a cada uno de los reos. En

el supuesto caso de que se quisiera liberar a algún preso concreto, había que izar la bandera correspondiente. Como era habitual, si nadie pagaba por izar una bandera, se daba paso a la votación popular y esta llevaba irremediablemente a la ejecución final. Posteriormente, se celebraba una gran fiesta en la ciudad donde el alcohol corría a espuestas y se daba rienda suelta a todo tipo de excesos, siempre dentro de los límites que marcaban las leyes de la ciudad. Quizás el día de la Llave de Hielo era tan celebrado por los habitantes de Cehalium porque acostumbrados a vivir en una ciudad donde las normas eran estrictas y la seguridad absoluta prioridad, los guardias se mostraban permisivos con ciertas actividades al borde de la ley.

El capitán Kirostan, con actitud más solemne y teatralizando para aparentar algo de interés, anunció:

—Bien, y ahora... ¡silencio, por favor! Debo asignar los colores... —Paradójicamente, el griterío volvió a ascender con un incontenible jolgorio. Todos los presos eran nuevos, y los ciudadanos de Cehalium vivían con más emoción que otros años la incertidumbre sobre quién sería el más votado, y en consecuencia lanzado desde lo alto de la torre.

El capitán esta vez continuó hablando pese a no contar con el silencio necesario:

—Voy a proceder a asignar los colores a cada preso.

Kirostan bajó de la barandilla y se colocó junto al campesino. Deliberadamente, provocó un inquietante silencio. Segundos después, y ante la expectación de los asistentes sedientos de sangre, desveló el único color correctamente interpretado por los espectadores, según la tradición:

—Támilos, el asesino de niños, será ¡el rojo! —La multitud se volvió loca gritando y celebrando que el desalmado campesino fuera a quien le recayera este color. Se le otorgaba a quien llevara más tiempo en Cehalium, y contaba así con más probabilidades de ser el ejecutado.

Ni el intenso enfado del capitán intentando poder continuar sin ser interrumpido continuamente ni las amenazas de los guardias hacían callar al público, que parecía querer linchar a Támilos en lugar de dejar que fuera lanzado para encontrar la muerte entre las rocas y el musgo. La kunoichi Kamanu y el fornido Yllo contemplaban inmutables la escena, en contraste con la satisfacción manifiesta de Markus y la profunda tristeza de Támilos.

Andolf, aún escudriñando cada detalle de la plaza con su mirada, fue el primero en percatarse del insólito hecho que acabaría marcando la historia de Arnemuq. Al verlo, abrió los ojos como platos, se incorporó sobre sus muñones como un resorte y, atónito, exclamó mirando hacia la plaza:

—Me parece que algún bromista quiere correr la misma suerte que el campesino.

Kirostan escuchó las palabras del preso y suspiró pensando que el día se le iba a hacer más largo de lo que pensaba. Sin embargo, el enfado fue sustituido por la mayor de las sorpresas. Alguien accionaba el mecanismo de una de las poleas de la plaza. Támilos y el resto de individuos que llenaban la terraza, guardia lesionado inclusive, miraban incrédulos la escena. Paulatinamente, el resto de la multitud congregada en la plaza se fue quedando en el mayor de los mutismos del día y, atónitos, contemplaban como ascendía lentamente, con un intermitente chirriar, una banderola roja.

El capitán que no había tenido tiempo siquiera de asignar el resto de colores no daba crédito, más cuando pudo apreciar que quien estaba izando la bandera era uno de sus propios guardias. Sin embargo, lo más inédito estaba por llegar. La sorpresa fue tal que a uno de los boquiabiertos guardias de la terraza se le cayó la lanza de las manos mientras contemplaba la plaza, y a nadie cercano al soldado pareció importarle. Toda la atención estaba puesta en el siguiente acontecimiento: los presentes vieron que se izaba una segunda banderola, esta amarilla. La polea estaba siendo accionada por otro de los guardias que custodiaban el mecanismo. Nadie entendía qué significaba este acto de rebelión, estupidez o mezcla de ambas. Cuando apareció un tercer guardia en el mecanismo y comenzó a accionar la polea de la bandera azul, el capitán imperativo se dirigió a los hombres que tenía junto a él:

—¡Dadme una ballesta! —Un soldado se la cedió rápidamente. Rompiendo el silencio que reinaba en esos momentos, el capitán rugió—: ¡Guardias! ¡Deteneos inmediatamente o me veré obligado a disparar!

Inmediatamente, la gente que se encontraba cerca del mecanismo se apartó por miedo a que alguna saeta perdida pudiera impactarlos y se hizo un claro en aquella zona de la plaza. Haciendo oídos sordos, los guardias no solo no dejaron de izar las tres banderas, sino que al terminar comenzaron a izar dos más, blanca y negra, hasta completar las cinco que teóricamente ofrecían la libertad a todos los presos de Khelek. Ninguno de los condenados daba crédito a lo que estaban viviendo, se estaba produciendo el único milagro que podría salvarlos de una muerte segura.

El capitán, fuera de sí, apuntó con la ballesta hacia la plaza:

—¡A mí la guardia, preparad vuestras saetas para abatir a estos insurgentes!

Justo cuando varios de sus hombres se apostaron en la barandilla para descargar la lluvia de proyectiles, uno de los guardias que había accionado el mecanismo suplicó arrodillado:

—¡Mi capitán, no es un acto de traición! ¡Alguien ha pagado!

Atónito, Kirostan levantó una mano dando la orden para detener el ataque. Realizó la pregunta que todos los presentes tenían en mente:

—¿Alguien ha pagado cinco monedas kurkianas?!

El guardia amenazado levantó ambos brazos en alto, como sus dos compañeros, pidiendo aún clemencia con su actitud, respondió titubeante y con miedo a la reacción de su señor:

—No, señor, no ha pagado con cinco... —tragó saliva pensando que les iban a acribillar—, ha pagado con seis.

En ese momento, un anónimo ciudadano de Cehalium abandonó la muchedumbre para acercarse solitario al mecanismo, desenganchar una de las banderas aún no izadas y cambiarla por otra que extrajo de su jubón. Andolf era el único, junto con Kirostan, que entendía lo que podía suceder a continuación. El reo de prominente mentón apostó:

—Capitán, apostado lo que me queda de piernas a que es la pirámide invertida.

¡No podía ser posible, era un secreto al alcance de muy pocos! Kirostan no daba crédito. ¿Cómo Andolf conocía el significado de la bandera que estaba siendo izada? Un triángulo negro con la punta hacia abajo, y lo más grave, ¿quién más conocía este ritual oculto durante

años? ¿Por qué alguien estaba dispuesto a liberar al preso encerrado en la solitaria celda del nivel secreto más profundo y mortal?

La cima de la pirámide estaba reservada para el más peligroso de todos los individuos, no solo de Cehalium, sino de todo Arnemuq.